

EL BALUARTE

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7/50
Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Lagar núm. 5.

Núm. 192

Sevilla—Martes 25 de Agosto de 1903

AÑO XXVII

LOS ANILLOS BESABLES Y LOS "VETOS" DE AUSTRIA

Digo anillos besables porque parece más propio este adjetivo que el de pastor o el de pescador, que se aplica a los anillos obispaes y papables:

Primero, porque es algo impropio que pescadores y pastores usen anillos. Y segundo, porque besar un anillo en manos de un pastor, ó de un pescador, es un poquito humillante, un poquito sucio y un poquito repugnante. Porque, si no huele á sardina, olerá á queso.

Pero vamos al asunto.

Para destruir el edificio católico se bastan y sobran sus más fervientes defensores. Tal es la lógica nea.

—Es tal el talento y las virtudes del nuevo Papa, José Sarto (q. D. g.)—dice la prensa de la familia—que se vió en grande apuro para asistir al Cónclave, por tener empeñado el anillo.

Aquí, señores neos, falta una aclaración.

¿Por qué tenía Su Eminencia empeñado el anillo?

Porque un empeño puede obedecer á varias causas: á exceso de caridad, á exceso de lujo ó á pérdidas materiales. O á una estratagemá, para que alguna beata rica le costase el viaje. Y esto conviene aclararlo en bien del catolicismo, señores neos.

Pero hay otro punto de aspecto legal, de aspecto penable.

El símbolo de autoridad de un obispo es el anillo, como lo es el bastón de gobernador ó de alcalde.

El anillo, representa al Papa; el bastón, representa al Rey ó jefe del Estado.

Quien empeña el símbolo de autoridad empeña á la autoridad misma, empeña al Estado.

En la milicia se expulsa del servicio al oficial que empeña sus despachos. Nada dice la Ordenanza del que empeña la espada, por creer, sin duda, imposible que pudiese ocurrir este caso.

Venecia figurará en la Historia con el título de "Ciudad de los empeños soberanos" ú otro análogo.

En Venecia empeñó el rey *in partibus* de España, D. Carlos de Borbón y de Este, su Toisón de Oro para poder obsequiar á las bailarinas, según resultó de la célebre causa incoada al efecto. Y en Venecia empeña su anillo un aspirante á Papa, sin que la prensa informadora nos haya dicho el por qué.

El aspirante á Rey era íntimo del aspirante á Papa. "Dime con quién andas y te diré quién eres," podríamos decir haciendo uso de este refrán, si los caminos no fuesen divergentes. El uno á lo mundano, el otro á lo divino.

"EL VETO"

El veto en la elección de Papa es una papa. Francia lo puso varias veces y el *Espritu Santo* no le hizo maldito el caso.

Austria puso el veto á la elección de Pío 9.º y, sin embargo, fué elegido. Y Austria acató la voluntad del *Espritu Santo* y besó la sandalia cuando más sudor había.

—Ya me la pagarás—dijo Pío 9.º Y se agarró á la familia *excomulgada* y destronada por la voluntad de los *soberanos* europeos; á Napoleón, presidente de la República francesa, y luego Napoleón 3.º

Los jesuitas fueron los encargados de la elección de Napoleón, del golpe de Estado, de provocar la sangrienta campaña de Crimea (*en defensa de la Media Luna*, aunque parezca mentira), de arrastrar á Inglaterra, del auxilio del Piamonte mediante promesas, y de la neutralidad de Austria y Prusia, con la amenaza á aquélla de una insurrección y con promesas á ésta de engrandecimiento.

La victoria de los aliados obligó á Europa á levantar el veto á la familia Napoleón

—¡Adelante!—dijo el Papa á sus secuaces.—Restauramos el Imperio de Occidente como en tiempos de Carlos Magno; pero con la diferencia de que el Papa no sea como entonces súbdito del Emperador, sino el Emperador súbdito del Papa.

Había que castigar, desmembrar y someter á Austria, protectora hasta entonces del papado. Y 300,000 franceses, trepando los Alpes en 1859, sin previo aviso ni motivo justificado, y en unión de los piamonteses, arrojan á los austriacos del Milanésado, uniendo éste al Piamonte, en compensación de las provincias de Niza y Saboya, que pasan á ser francesas.

No podía España dejar de contribuir al festín papal, y se convino en Roma promoverla una guerra con Marruecos y otra con Portugal. Y como complemento un alzamiento carlista.

Fuera del reino el grueso del Ejército español, Francia, *nuestra aliada*, enviaría á España 200,000 hombres que, con la bendición Pontificia, ahogarían el carlismo. Francia, *nuestra aliada*, concluiría por llevar, ó mejor dicho, traer sus fronteras al curso del Ebro, incluso la provincia de Santander y las Baleares. En compensación de tan hermosa tajada, *nuestra aliada*, siempre de acuerdo con el Papa, nos ayudaría á la conquista de Portugal.

Todo iba saliendo á gusto de la diplomacia jesuítica. Nuestro ejército penetró en Marruecos, con el carácter de asesino, puesto que no hubo motivo justificado, y con la agravante de superioridad. Ni aun puede disculpar aquella campaña el deseo de conquista, pues nunca pensó en ella nuestro Gobierno. El Capitán general de las Baleares dió el grito de—¡Viva Carlos 6.º!—Todo conforme á lo acordado en Roma.

Pero Inglaterra puso su veto; la paz se firmó en Africa precipitadamente; Ortega fué abandonado, preso y fusilado por su ejército, y la conquista de Portugal se quedó para mejor ocasión.

Austria, á los pies del Papa, humillada, cohibida y podrida, como España, sufrió otras dos amputaciones en 1866. El Veneto, que pasó á Italia, y la confederación del Norte, que pasó á Prusia.

Austria, como España, figura hoy en el mapa como nación muerta. El veto á Pío 9.º le resultó algo caro.

Y sin embargo, Austria repite y pone el veto ahora con éxito á Rampolla, candidato de España, de Francia y del *Espiritu Santo*. Pero es porque el veto no es suyo, sino de Italia y de Alemania, sus aliadas, á quienes debe el no haber sido ya merendada por Rusia, según las Memorias de Bismarck.

El Cónclave vió la *pastora*. Y como los *catalanistas*, con Silvela y Polavieja, no han podido aún formar con Cataluña y las Baleares el nuevo *reino pontificio*, dejó pasar la ola, y sacrificó á Rampolla, de acuerdo, por supuesto, con el *Espritu Santo*.

MERCURIO.

Madrid, Agosto, 1903.

Murmuraciones

El señor ministro de la Gobernación se va á hacer célebre.

Se ha empeñado en darla de González Bravo, y lo va á conseguir, por no decir que lo está consiguiendo.

Los periódicos republicanos están saliendo á denuncia por día; y no contento el Sr. García Alix con empapelarlos, trata de arruinarlos lo más pronto posible.

Desea que los responsables sean los propietarios y no los directores.

Es decir, que usted pasa por debajo de un balcón, y desde él le arrojan una maceta.... Enseguida aparece García Alix y dice:—Yo no tengo nada que ver con el inquilino, que es el culpable, sino que procedo contra el dueño de la casa.

¡Vaya! El Sr. García Alix se ha creído que una nación se gobierna como un puesto de buñuelos ú otra cosa parecida, y que las leyes pueden él pisotearlas cada vez que se le antoje.

Las cigarreras de Madrid están excitadísimas porque la Tabacalera trata de implantar en aquella fábrica varias máquinas de liar cigarrillos.

Estas sublevaciones no ocurren ya más que en España.

Pero como, desgraciadamente, la mujer española no tiene otro empleo, porque las grandes industrias escasean, de ahí que resultemos en Europa, no el león español, sino el cangrejo español.

Siempre vamos contra los adelantos, porque en España resultan contraproducentes.

Implantarán las máquinas; las labores resultarán más ventajosas para la Compañía Arrendataria, y los fumadores pagarán lo mismo.

Total: que en todas las naciones los adelantos son de beneficio general, y en España son de beneficio particular.

En Nueva-York han curado á un ciego de nacimiento aplicándole los rayos equis.... Si este gran invento llega á cuajar, ¡qué victoria para la ciencia, señor! ¡Ese sí que es un milagro del que soy admirador!

En Madrid se ha celebrado un mitin de mujeres, en el que éstas se han expresado con más cordura y valentía que muchos hombres.

Una de las oradoras, apuntando hacia los conventos, dijo lo siguiente:

—Y esto ocurre, no solamente con las sastras, sino con las operarias de otros oficios, y no debemos tolerar que las congregaciones religiosas, compuestas de mujeres que no pueden legalmente ser madres, nos roben el pan de nuestros hijos, ganado á costa de tantos afanes y sudores.

Eso es hablar con sentido común. El periódico del que copio lo transcrito dice después:

—Animada por los frenéticos aplausos del auditorio, y en especial de las mujeres que baten entusiasmadas las manos, grita con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Abajo los conventos y fuera los frailes!

(Se reproduce la ovación que dura largo rato, y en medio de los ensordecedores aplausos se oye la formidable voz de un obrero, que exclama:

—¡Vivan las mujeres valientes!

La importancia que ha tenido el mitin le han hecho escribir á Joaquín Dicenta una hermosa crónica, de cuyo trabajo es el siguiente párrafo, plástico y razonable de verdad:

—Allí estaba la obrera joven, la que, por la belleza de su rostro y la frescura de sus carnes, despierta los apetitos del patrono, contándonos, con la tristeza de su mirar y el amargo gesto de su boca, que la obrera guapa es aún más infeliz que la fea, porque á la fea sólo le piden su salud á cambio de un mendrugo, y á la guapa le exigen muchas veces, á cambio de ese mismo mendrugo, su salud y su honra; allí estaba la obrera, madre, sacando por la abertura del corpiño un pecho lacio, al que se agarraba una criatura raquítica; allí estaba, diciendo, sin decirlo, que mal puede guardar sangre para el sostén de sus criaturas quien necesita dar toda cuanto tiene para el enriquecimiento de sus explotadores; allí estaban las envejecidas antes de tiempo, las inutilizadas en las faenas, las de hombros hundidos y pómulos rosáceos, certificando que quien vive en talleres faltos de oxígeno, de piedad y de luz, hace muy de prisa el viaje de la muerte.

Y allí estarían también—eso se le ha olvidado á Dicenta—las pobres madres, las pobres hermanas de los soldados que dieron su vida por guardar la vida de los frailes y de las hermanitas que hoy les hacen la competencia en la península, qui-

tándole el pedazo de pan que tienen derecho á comer.

Hoy cuenta la gran prensa que la princesa Luisa, hija del rey de Bélgica, es una tramposa de dos mil demonios.

Y dice:

—La princesa, que se encuentra tomando las aguas de Landehof, en Sajonia, está agobiada por una nube de acreedores que no la dejan ni á sol ni á sombra, produciendo continuas escenas de violencia.

Varias casas de París y de Viena, á quienes debe la princesa más de 400,000 francos, importe de vestidos y sombreros, se han unido para demandar á la princesa ante el tribunal de Bruselas, y ver si con el escándalo consiguen que el rey les abone las cuentas.

Si los ejemplos tienen que venir de arriba, el que da la tal princesa á sus súbditos no es nada recomendable.

Pues vaya otro acto moral, moral de verdad:

—Nos dicen de Segovia:

En Septiembre de 1901 se descubrió en este Ayuntamiento un desfalco de más de 300,000 pesetas, que durante diez y seis años se venía cometiendo en el Ayuntamiento de Segovia por el depositario de fondos municipales D. Antonio Rey y el oficial primero D. Eusebio Pérez (a) *Barriolo*. Averiguado el desfalco y comprobada su importancia, se declararon cesantes dichos empleados, y *convictos y confesos* se pasó el tanto de culpa á los Tribunales de justicia, y después de dos años de dilaciones, la Audiencia provincial se inhibió del asunto por considerarse incompetente.

La cantidad es respetable y digna de incompetencia.

Con 300,000 pesetas en el bolsillo, ¡quién tiene miedo en España á que lo lleven á la cárcel!

CARRASQUILLA.

Tratados de comercio

Un nuevo problema tenemos sobre el tapete. Tal vez para desorientar ó dirigir la atención del país hacia otros lados, procurando hacerle olvidar que Silvela primero y Villaverde ahora tratan de comprometernos en graves pactos internacionales en que lo pongamos todo y no recibamos beneficio alguno en el cambio.

Se significó y se distinguió el primer viaje del presidente á la residencia de verano del jefe del Estado por sus frecuentes conferencias con el embajador de Francia en Madrid y con nuestro representante cerca del presidente de la vecina república.

Esto produjo ciertas inquietudes y recelos en las cancillerías de Europa, y como si algunos gobiernos se hubiesen puesto previamente de acuerdo para llamar la atención del ministro de Estado español acerca de los propósitos del Gobierno de Madrid y del alcance que pudieran tener los cambios de notas, y las visitas del embajador de Francia, y las conferencias de Mr. Delcasse con León y Castillo en París, que luego transmitía éste á San Sebastián, el ministro contestó que se trataba sencillamente de asuntos comerciales interpirenaicos, y que no había motivo para el más ligero recelo de pactos de alianza, ni relaciones internacionales para unirnos con una potencia contra otra, y que la significación del Gobierno, más económica que política, más comercial que internacional, es una verdadera garantía de que no se piensa en semejante cosa.

¿Ha tenido acogida favorable la excusa de nuestro ministro de jornada? Inglaterra respondió con sus escuadras á las puertas del hogar español, y Alemania é Italia y alguna otra potencia de segundo orden han apelado al expediente de los

tratados de comercio, amenazándonos con su denuncia.

Al Gobierno le ha servido, sin embargo, de callejón de escape, porque ya no encontraba salida ni tenía medio á mano para explicar ante el país el laberinto candleresco en que estaba metido.

Se inventó el viaje á los famosos fuertes de nuestra frontera Norte, que á los que piensan algo en política les pareció una enormidad si no estaba relacionado con la para los monárquicos preciosa salud de alguien; y la gente se dió á discutir, sin descifrar la verdadera incógnita, que por fin ha sido descubierta y hecho público por un diario madrileño.

De negocios comerciales, de empresas de explotación se trata, como primera prenda para que nuestros vecinos se presten á tratar con nosotros de algo más transcendental.

Pero esto no aclara nuestra posición ante Europa. Al contrario, la complica más y la hace más difícil, hasta el punto de que, sin abrírsenos la puerta del vecino, se nos van á cerrar las del otro lado y las de las casas más ó menos próximas.

Sólo nos queda un consuelo, y es que esto va á durar poco, y no va á quedar tiempo á la situación económico-bancaria para ultimar el concierto.

A. A.

SPINOLA PINTADO POR SÍ MISMO

Salvo el epígrafe y ligeras variantes, el presente escrito es copia de un comunicado que he recibido por el correo, con el cual estoy muy conforme, siendo este el motivo de que me decida á publicarlo, á pesar de no conocer al autor, haciéndolo mío, por lo mismo, á los efectos de su publicación.

Bajo la bandera que he levantado en EL BALUARTE pueden venir á colaborar cuantos se sientan injustamente agraviados por el Arzobispo y su pintiparado provisor.

Dice así nuestro comunicante:

Hay frases que retratan al hombre y actos que lo descubren en toda su desnudez, y analizando los dichos y hechos de este Arzobispo, descontada la hojarasca trasnochada con que reviste aquéllos y la hipocresía, ó lo que sea, con que disimula éstos, no queda otra cosa que soberbia y memez.

Estudiamos á este hombre funesto para que por sus mismas palabras y hechos sea juzgado por todos, y que caiga sobre él el fallo aplastante de la conciencia pública.

Todos los obispos usan en su escudo un lema particular que parece la expresión natural de sus sentimientos y propósitos.

Lluch y Garriga adoptó uno piadoso, como era él: *In fide et lenitate*. El padre Zeferino, teólogo y polemista, uno filosófico cristiano: *Gratia et veritas Jesu Christi*. El Sr. Herrero, arzobispo de Valencia, este otro, que muestra su activa y apremiante caridad: *Charitas urget*. El de Burgos excita á la humildad: *Misericordia ejus respexit humilitatem*. El de Sanz y Forés es modesto: *Dominus illuminatio mea et salus mea*. Y así por este estilo todos los que he visto, menos el de Spinola.

El lema de este pobrecito señor es una expresión arrogante y soberbia: *Omnia possum!* (¡¡Todo lo puedo!!)

¿No es verdad que al oír esto, aunque no se quiera, se imagina uno estar oyendo á un hombre que no siente ni alienta más que soberbia?

Todo lo puede, en efecto, el que todo lo atropella, echándose á la espalda el Evangelio, los cánones, las leyes, las conveniencias y todos los respetos.

Todo lo puede el que todo lo suplanta y pisotea antes de confesar que se equivocó; lo dicen sus mismos familiares cuando él no los oye.—Este hombre no se puede aguantar; tiene una voluntad de pedrusco; es más soberbio que una beata. Así se dice.

Otra muestra.

Conocido es el absolutismo clerical y las fórmulas dictatoriales que usan los primates eclesiásticos. En los títulos que dan los obispos para curatos y demás, suelen usar esta fórmula, de suyo bastan-

te despótica: "Le nombramos, para tal cargo, por el tiempo de nuestra voluntad." Una cosa así como si dijeran: "Por el tiempo que nos dé la gana"; lo cual es muy culto y muy cortés. El clericalismo es, sin duda, el punto intermedio entre la barbarie y la civilización, y por eso, andando entre clericales, á cada paso se ven señales de ella.

Sin embargo, al humilde y generoso Spinola ha debido parecerle exclusivamente blanda esa restricción y ha añadido: "...con la que lo revocaremos con causa ó sin ella". ¡Qué barbaridad!

¡Con causa ó sin ella! Eso, Sr. Spinola, no lo escribió nunca la cesarista Roma; eso, aunque lo sintiera, aunque lo practicara, no tuvo la desvergüenza de decirlo en documentos oficiales ningún déspota; eso en los labios de un obispo es una blasfemia, porque ni Dios mismo puede obrar por capricho, con causa ó sin ella, sin faltar á su justicia y trastornar el Universo, como su paternidad tiene trastornada la diócesis.

Y ya está visto por qué le ha quitado usted la misa al cura Lázaro, asesinando moralmente, y por qué no se la ha quitado al cura *Ganzúa*, sabiendo que ha estado una porción de años diciéndola sacrilegamente, sin licencias, y confesando igualmente: porque su señoría todo lo puede y, con razón ó sin ella, hace todo lo que le pete, ¿no es verdad?

Eso que, para vergüenza de nuestros tiempos, pone usted en sus títulos, es un atentado á la dignidad del clero y un insulto á la cultura nacional, arrojado á la frente de esta época de progreso y de dignificación del hombre.

Para despedir á un criado suponemos causa, si no existe; para castigar á un animal necesitamos motivo; el Sr. Spinola no obra así, va contra todo lo justo y racional, va hasta contra la filosofía natural, que establece que todo agente obra en virtud de alguna causa. Este hombre, la mayor parte de las veces, si no todas, no sabe lo que dice.

¡Y está al frente de una diócesis! ¡Y la gente lo consiente! Necios, ¡parece mentira que vivamos en el siglo XX!

¡Y por tamaño insulto pasa este clero, el más sufrido del mundo, que aborrece á su Arzobispo, porque valiendo tan poco lo humilla y lo trata á puntapiés!

Aquí tiene que ocurrir algo bueno si Spinola no se retira. Me lo dicta el corazón.

FRANCISCO MARTÍN LÁZARO, PRO.
Misionero Apostólico.

La vendimia

Las frutas estivales tocan á su fin, y la vid con su manto de verdes pámpanos inaugura su reinado. Celebraron la vendimia los griegos con bailes y farsas que dieron origen á la tragedia, siendo el *lagar* el primer escenario de la musa helena.

Los versos de Teócrito y Anacreonte daban el ritmo de aquellas danzas que luego, por su desenfreno, constituyeron las bacanales.

La vid pertenece á la familia de las ampelídeas, y es un arbusto trepador de tronco pardo rojizo, filamentosos superficialmente, de dirección tortuosa y adornado de grandes hojas fuertemente escotadas, cuyo peciolo se une á unas largas y nudosas ramas, que son los racimos.

La flor, de la que los antiguos extraían perfumes muy estimados, es pequeña y verdosa, y sus frutos, arracimados, son de todos conocidos.

La vid alcanza grandes dimensiones. Del tronco de una parra había una estatua en Populonia, y de madera de vid estaban hechas las puertas de la Catedral de Rávena.

La parra se encarama y agarra todo lo que la rodea, especialmente á otros árboles que en Grecia se cultivaron con ella con este objeto.

"Como uniendo sus pámpanos hermosa únese al *olmo* la corintia vid" canta Menéndez Pelayo en sus estudios poéticos.

El célebre Pedro Andrés Laguna la increpa en una notable invectiva, por su afición á bordar ojivas y encubrir mira-

dores, pues tapaban los pámpanos una ventana á donde se asomaba antes una beldad amiga del sabio:

"Parra, por mi mal nascida que así me tiene mi amor eclipsado, de camellos seas pacida y tu tronco en su vigor sea talado.

Esme más triste y odiosa que el maldito árbol de Adán su presenera, pues que me abscondes la roca que moderaba su afán en tu amenera."

Clama luego contra ella en unas estrofas que, de seguro, son las que inspiraron las desdichas que fray Diego González deseaba al pobre *Murciélagos alevoso*.

La vid es asiática; aún se conservan en las vertientes del monte *Ararat* vides salvajes, que acaso son descendientes de las que exprimió Noé, en quien muchos ven al pagano Baco.

La uva está formada por una pulpa carnosa azucarada y contiene en su interior las semillas, casi siempre cinco, de las que se extrae un buen aceite.

Las uvas, como alimento, son excelentes; todo el mundo habrá podido observar cómo las personas que trabajan en la vendimia y hacen uso de una gran cantidad de uvas, engruesan de un modo rápido y visible.

Las uvas y la vid han sido también usadas como medicamento. Las hojas han servido para cohibir la hemotipsis y para corregir la disentería; el jugo de los sarmientos y sus cenizas para resolver las berrugas; las flores, como cordial, para las fiebres; las semillas, como corroborantes; el polvo de la corteza, como diurético y astringente contra las llagas de la boca y el escorbuto; y el orujo, contra los reumas y parálisis.

Es célebre el caso de un tetánico á quien salvó un antiguo médico enterrándolo hasta el cuello en orujo. Aunque muchas de estas virtudes hayan caído en desuso, es lo cierto que las uvas son verdaderamente útiles.

En la epidemia de disentería de Londres, 1762, Baker asegura que los que comieron en abundancia uvas no la padecían. Yo las he usado con éxito para reponer á los convalecientes y como medio de engrase en los tuberculosos y en los enfermos de estómago, aun en los cancerosos. También las he usado cuando asistí la epidemia de tifoideas en 1873, con éxito.

El doctor Herpín, y luego otros muchos, han planteado la cura por las uvas como sistema, y en la ribera del Rin y en otras partes, hay numerosos sanatorios en los viñedos. En España, país vinícola especialmente, no se ha aprovechado aún este excelente medio de reparar las fuerzas de los enfermos y personas débiles.

Fuera de desear que se estableciese la costumbre de ir á las vendimias y que pudieran hacerse hoteles y establecimientos oficiales para que pudieran obtener las ventajas de la rusticación y de la acción benéfica de las uvas por base de alimento. La vid es uno de los más bellos y espléndidos presentes de la Naturaleza.

Un fruto que cuando verde nos da el *agras*, tan útil como bebida de recreo; que después produce el vino, el alcohol y el vinagre, del que derivan el arrope y el mostillo, agradables y nutritivos postres, y que después de seco, convertido en pasas, es un buen alimento y un pectoral tan útil, no es extraño que se considere fruto maravilloso.

JOSÉ PARADA Y SANTIN.

MIS VIAJES

Por las fábricas belgas

Estoy como obsesionado por el vértigo de ocho días á través de las industrias belgas. No he dormido apenas, no he cesado casi de viajar, no he pasado tal vez tres horas seguidas sin oír martillazos y choques de hierros y voces de alarmas y silbidos de vapor ó de dinamos. Al atravesar Bruselas este anochecer, en el coche que me traía á la fonda desde la estación, los arcos voltaicos, rápidamente surgidos de las

calles, me parecían aún bocanadas de hornos; fuegos de calderas abiertas; y la caída de algunas puertas metálicas de los comercios, rugido arrastre de laminadoras ó movimiento estruendoso de los discos pulidores en las fábricas lunas.... Mis oídos, y mis ojos, y mi espíritu tan atormentados todavía....

Caigo en el cuarto de la fonda á descansar un poco. Mirando á mis recuerdos de los últimos días, sobre los apuntes hechos en la cartera, visión loca del viaje baila luminosa delante de mí. Tiene algo apocalíptico y monstruoso, advirtiéndome que rueda por el espíritu de un espantado siempre á la soledad del paisaje de Castilla; algo de caótico porque lo han visto mis ojos entusiasmados por el gran vivir de otros pueblos y mis ojos entristecidos por la miseria del trabajo español.... La nueva vida alegre, hermosa abundante, inventora, ha pasado sobre mí como un cruzado el ejército de la patria, vencedor, y el himno de sus músicas me hacía llorar ó darme vivas atronadoras con el sombrero en alto. ¡Qué sé yo!

Ello es que aquí estoy y que me parece haber cruzado otro mundo, el mundo que yo sentí siempre, desde los rincones de nuestra paña, despedazada é inculta....

Aquí estoy. Como si ahora me asomara al balcón del hotel y no hubiese Bruselas para mí en el fondo de la noche, hacia la cuenca de Charleroi, se levanta todo el paisaje industrial. Los focos de la ciudad echan sus luces hacia allá abajo, y veo la cinta sin fin del infierno bajador que gana la vida, y voltea las herramientas, y corre por los cientos de trenes adelantados. Allí veo los montes de escoria, residuos gigantescos de hornos; montañas picudas y llenas de vegetación ya, que se alzan en el llano á derecha é izquierda de la Sambre. El río canalizado lleva tremendos gabariones de carbón que se volcandando por las fábricas y van recogiendo cajas, y rollos, y maquinarias, y fardos.... Trenes cargados de viajeros que vuelven por la noche de la labor, atravesando estaciones y caminos con altos soportes de luz eléctrica....

Naves por las que atraviesan vagones en la ca de las gruas que levantan las colosales cajas que van á todo el mundo por Amberes.... Se ven oficinas con muebles elegantes y con hipnótica calefacción. Salas de estaciones de segundo y tercer orden, limpias, calientes, adornadas cien veces mejores que las de muchas capitales de provincia.... La visión de una niña pastoreando por el camino de Raux, con su carita morena con su pelo peinadito, lavada y curiosa.... Los montones abrasadores de vidrio, las raspadoras, los residuos de la arena devastando las superficies de las enormes lunas.... Los ganchudos obreros de sacar crisoles descansando como bebitas de colmillos colosales al lado de las paletas.... Legiones de obreros silenciosos, gritando con herramientas al hombro, con pantalones de vidrio oscuro mirando á las bocazas de la cubre....

Los anocheceres en todos los pueblos aquellos del trabajo, con la luz de su cervetería como espejos, con la invasión de trabajadores que regresan por las emplazadas del ferrocarril, pipazan en la boca, cruzando los fuertes de la hambre....

Y después, por último, al venir esta tarde á Bruselas, entre Moas y Hal, el sonido de aquellas campanas del campo que parecían recogidas por Wagner para un efecto musical en la descripción de un crepúsculo nocturno de otoño. Unas vacas pintas estaban paradas en el pasto nivel y oscurecía.

Pero la camarera, con su manita golpeando mi habitación y llama. Su voz entra por el conducto como la copa de cristal que tintinea abajo en el espléndido comedor. Me sube la correspondencia en la bandeja y se va por debajo de la alfombra chispeando su pelo de rubia y brillando su nariz olorosa.

R. SANCHEZ DIAZ

Noticias locales

Decidido el Gobierno civil de la provincia hacer cuanto esté de su parte para evitar los incendios en los campos, ha acordado recordar el más estricto cumplimiento de la Circular insertada en el diario oficial de 26 de Junio último, número 151, y en especial á los Alcaldes que bajo la más estrecha responsabilidad, que con todo rigor les exigirá no consentan en manera alguna la quema de rozas ni rastros conforme previene la regla 1.ª de la dicha Circular, llenen los requisitos de la 4.ª y 5.ª, nombren los guardas temporeros que determina esta en su párrafo 1.º y den cuenta de haberlo hecho así, según se ordena en la regla 6.ª, reiterándole á la fuerza de la Guardia civil y demás dependientes de autoridad, el mayor celo y vigilancia para